

**El vacío de la escritura filosófica
y el silenciamiento de la existencia**

**The emptiness of philosophical writing
and the silencing of the existence**

Pereira Ríos, Diego¹

Universidade Estadual do Oeste do Paraná (UNIOESTE)

Toledo-PR, Brasil

pereira.arje@gmail.com

Resumen

En el presente trabajo reflexionamos acerca de la necesidad de retomar la existencia humana como temática filosófica, a partir del cuestionamiento de la misma escritura filosófica, y más explícitamente desde la experiencia del filósofo. Urgido por la profesionalización, el filósofo solamente puede buscar cumplir con lo que el sistema académico espera de él y descuidar la reflexión acerca de la existencia humana, que consideramos es un tema de urgencia que necesitamos retomar. Para ello, hay dos movimientos que el filósofo deberá realizar: el vaciamiento y el silenciamiento de su propia existencia. Todo filósofo de la existencia necesita vivenciar experiencias que lo acerquen a la realidad humana para que sus esfuerzos, traducidos en escritos puedan iluminar a la sociedad, como parte de su tarea y de su responsabilidad. Para lograr esto necesita vivir una purificación que implica cuestionar y rechazar las normativas impuestas al mismo trabajo filosófico.

Abstract

¹ Profesor de Filosofía por la Universidad de Montevideo (ANEP), Magister en Teología Latinoamericana por la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), El Salvador. Actualmente es estudiante de Posgrado en el Doctorado en Filosofía en la Universidade Estadual do Oeste do Paraná (UNIOESTE), Toledo-PR, Brasil. Escritor de artículos publicados en variadas revistas latinoamericanas y autor de nueve libros sobre educación, filosofía, poesía y teología.

In this paper we reflect on the need to retake human existence as a philosophical theme, starting from the questioning of philosophical writing itself, and more explicitly from the philosopher's experience. Urged by professionalization, the philosopher can only seek to comply with what the academic system expects of him and neglect reflection on human existence, which we consider to be an urgent issue that we need to take up again. For this, there are two movements that the philosopher will have to make: the emptying and the silencing of his own existence. Every philosopher of existence needs to live experiences that bring him closer to human reality so that his efforts, translated into writings, can enlighten society, as part of his task and his responsibility. To achieve this, he needs to live a purification that implies questioning and rejecting the norms imposed on philosophical work itself.

Palabras clave

Escritura. Filosofía. Existencia. Vaciamiento. Silenciamiento.

Introducción

La filosofía supone la posibilidad de la escritura en libertad, siempre y cuando busque ser fiel a su mismo origen. Desde los comienzos de la razón, el pensamiento buscó la manera de descubrir, identificar, describir y comunicar, lo nuevo que hallaba del universo y del mismo ser humano. Este poder de la razón, del λόγος, fue experimentado por el hombre mediante un proceso que comenzó con los griegos en un movimiento del exterior al interior. Domínguez (2010, pp. 5-21), describe este proceso del λόγος: primero se entendió como ley universal, principio ordenador del universo en donde el hombre era un elemento más del conjunto y en la cual su existencia era posibilitada por él (Heráclito, Plotino, etc.). Segundo, este λόγος se entendió como facultad humana mediante la cual el espíritu humano podía conocer el mundo, sus elementos y comprender las leyes que lo rigen (el «animal racional» de Aristóteles). Por último, el λόγος entendido como palabra, discurso, argumentación, mediante el cual el hombre logra expresar exteriormente aquello que piensa interiormente, donde lo primero que

expresará es justamente lo que va descubriendo a su alrededor. Luego del giro antropológico socrático, comenzará una nueva etapa.

Decía que la filosofía supone libertad y está en función de la necesidad de expresar aquello que vibra internamente, en cada ser humano, pero que supera cualquier explicación lógica o argumentativa, y que va más allá de toda exigencia analítica o comprensiva. Hablamos de que, si la filosofía nace como un grito interior de la existencia humana, desarrollándose al punto de lograr expresar esto en la escritura, ese grito no puede ser callado o silenciado a costa de un vaciamiento del ser del hombre. Esta cuestión surge cuando la filosofía se limita -bajo exigencia- a ser simplemente un saber descriptivo o explicativo, perdiendo su naturaleza interrogativa. En tal sentido, y a partir de este escrito, ¿por qué hemos vaciado la escritura acerca de la existencia? ¿Por qué nuestra escritura filosófica se remite a hablar de lo que puede ser comprobado empíricamente? En todo caso:

La interrogación no es aquí un comienzo de negación, un «puede ser» puesto en lugar del ser. Es, para la filosofía, la única manera de concordar con nuestra visión de hecho, de corresponder a lo que, en ella, nos hace pensar, a las paradojas de las que está hecha; de ajustarse a esos enigmas figurados, la cosa y el mundo, en los que el ser y la verdad masivos rebosan de detalles imposibles (Merleau-Ponty, 2010, p. 18)

El filósofo que deja de lado la existencia para simplemente hablar de lo que controla mediante la razón, se aparta lentamente de lo que sigue en juego desde el comienzo del ser humano en el universo.

El papel del filósofo de la existencia

La filosofía de la existencia, de auge en el siglo XX, se preocupó justamente por centrar el pensamiento en la propia existencia humana que había sido descuidada y desvalorizada ante el relativismo de la muerte durante, y posteriormente, a las dos grandes guerras mundiales. La existencia como un *factum* del ser se descubre también como un *poder-ser* o un *llegar-a-ser*, sin limitarse solamente a lo que *es*. Pero la experiencia de la destrucción y la

revelación de la capacidad humana de “pensar el mal” materializado en armas de exterminación masivas, hundió al ser humano en un vacío profundo haciendo que perdiera la esperanza en llegar-a-ser algo distinto. En un ambiente generalizado de miedo, se cuestionaba Marcel: “Desde este ángulo sería interesante preguntarse si la desconfianza hacia los otros no está casi siempre unida a cierta falta de seguridad interior, sin que sea por otra parte necesariamente consciente” (1956, p. 85). Y extinguido el famoso progreso humano de la técnica con todas sus promesas, ¿es que hoy nos sentimos con mayor desconfianza frente a los demás? ¿Podemos decir que vivimos en un mundo donde el pensamiento humano genera un ambiente donde la existencia humana se sienta más segura? Ante una respuesta tan obvia lo que está en cuestión es el lugar del filósofo, su voz y su escritura en medio de una situación tan compleja.

Ahora bien, el avance del pensamiento lógico-científico y su publicidad seductora de pretender resolver cualquier problema humano, sigue siendo promocionada desde los centros de poder y bien recibida por la gran mayoría de la sociedad. Mientras el conjunto de las humanidades, y dentro de ellas la filosofía, son devaluadas, desatendidas y quitadas de la formación básica, sigue siendo un desafío no perder de vista la misión que debe ejercer el filósofo en la sociedad, sobre todo en relación a la existencia. Aun así:

En una forma de sociedad determinada esencialmente por el conocimiento científico, la racionalidad técnica y el voto democrático, ¿qué puede seguir significando la filosofía? Ciencia es hoy esencialmente dominación, utilización, apresamiento de las cosas para que sirvan a un hombre que las ordena dentro de un universo construido a su imagen y semejanza, ordenado a unos fines y por unos medios, que el hombre a cada instante fija autoritariamente. ¿Qué puede sentido tiene todavía hoy hablar de filosofía y afirmar que el hombre está implantado en la realidad destinada a la verdad? (González, 1985, p. 303).

Incluso cuando el concepto de verdad como única es entendida dentro de una realidad plural, ya no cabe como tal, sino que referimos a verdades las

cuales son defendidas desde los más extraños ámbitos, con una cierta narrativa, pero sin argumentaciones suficientes. Justamente cuando todo esto sucede es que reaparece la figura del filósofo de la existencia.

Retomar la existencia como problemática, como tema de reflexión, discusión y debate en todo tiempo, es pues, parte de la tarea del filósofo en la actualidad. Nada hay en el mundo actual más necesario que todo ello ante los signos actuales de desprecio de la vida humana en todas sus dimensiones. Ya no es solamente la guerra, las enfermedades, la migración; son las políticas públicas, son las redes sociales o los ambientes familiares donde se revela una violencia tan atroz que hace disminuir la misma existencia humana. De allí que el filósofo de la existencia deba sacudir a una humanidad ciega, sorda pero no muda. Como decía Marcel (1971):

En filosofía, se trata mucho menos de una enseñanza que de constituir una especie de *despertador* [donde] sucede más bien como que si pretendiésemos tomar a nuestro cargo la inquietud o la angustia de otros seres que no conocemos personalmente, pero a los cuales nos sentimos ligados por una relación fraterna (p. 42).

Esto coloca al filósofo en un lugar complejo ya que no puede intentar abarcar una realidad que lo supera, sino que debe focalizar en lo que es realmente urgente. Para nosotros, lo urgente es la existencia humana. Dentro de los primeros deberes del filósofo “es estar al tanto de los límites de su saber y reconocer que hay dominios donde su incompetencia es absoluta. En otras palabras, digamos que debe estar continuamente en guardia contra la pretensión incompatible con su verdadera vocación” (Marcel, 1955, p. 88).

El filósofo de la existencia necesita experimentar también el vacío interior y la niebla exterior de sus contemporáneos en donde se descubre falto de eficacia en su misma tarea, aunque suene contradictorio. Lejos de saberlo todo, aún más lejos de un dominio de una cierta área filosófica, el filósofo se percibe en un medio acuoso donde su vida fluye entre destellos y oscuridades. Como dice un filósofo argentino: “Extrañamente: estoy llamado a suscitar aquello que no puede ser jamás suscitado; estoy destinado a promocionar aquello que jamás

será promocionado. Soy filósofo. Mi palabra debe despertar el encuentro... encuentro que solo puede despertar el silencio” (Grassi, 2014, p. 14). Ante una sociedad que proclama a viva voz la claridad y la distinción de un mundo objetivamente entendido, la subjetividad humana -y con ella la del filósofo- subsiste ahogada en el silencio del sin saber, en la palabra no pronunciada, en el relato con contado.

La existencia reclama al filósofo, primero reconocerla y vivenciarla, experiencia que se da en un acto único que afecta la inteligencia y el cuerpo, pero que puede ser asimilada apenas racionalmente. La prioridad ontológica de la realidad exterior impera en la necesidad del hombre de comprender el mundo, olvidándose de sí mismo, de aquello que toca y transforma su propio ser y estar en el mundo. Como afirma otro filósofo de la actualidad: “Hoy estamos abandonando el orden terrestre, el orden de la tierra, debido principalmente a la digitalización e informatización del mundo. Hemos dejado de percibir la fuerza de la tierra, que tanta vida y felicidad genera” (Han, 2004, p. 35). Y no referimos solamente a la conquista de la luna, de viajes interplanetarios, sino que nuestra mente vaga en el universo digital sin colocar atención en el lugar en donde se desarrolla la existencia humana, la propia, la de quien tenemos al lado y depende de nosotros. Sí, el filósofo necesita experimentar para luego hablar de la existencia, pero primero debe escucharla. Por eso la necesidad de hacer silencio:

Son las cosas en sí mismas, desde el fondo de su silencio, lo que la filosofía quiere conducir a la expresión. Si el filósofo interroga y entonces simula ignorar el mundo y la visión del mundo, que operan y se rehacen continuamente en él, es precisamente para hacerlos hablar, porque cree en ellos y de ellos espera toda su futura ciencia (Merleau-Ponty, 2010, p. 18).

Escuchar, responder, reconocer y experimentar, callar para luego hablar y escribir, es parte de un itinerario que nos puede ayudar a renovar una filosofía de la existencia.

Vaciarse para la escritura filosófica

Como los filósofos no viven fuera del mundo que hemos apenas esbozado en este corto texto, muchos son tentados por este mundo técnico, medible y controlable, también a la hora de escribir. Con ello, la experiencia de la escritura filosófica se ve muchas veces acorralada y sometida a las reglas académicas que exigen *papers* de mínima o mediana extensión, cuando no libros de filosofía pequeños con capítulos cortos, claros, fáciles de leer, ya que, como todo debe ser vendible, también el saber debe ser comprable y para ello hay que economizar. El capitalismo cognitivo ha llevado a que la escritura filosófica deba cumplir con estándares científicos de modo de ser cuantificable. La gran mayoría de los académicos corren sin parar para producir, como dice Han (2024), hoy “nos explotamos voluntaria y apasionadamente, con la ilusión de que nos estamos realizando. En este caso, quien ejerce la presión destructiva no es el otro, sino nosotros mismos” (p. 73). En todo ello, los filósofos como académicos o como intelectuales deben renunciar muchas veces a lo que realmente piensan o quieren ser y expresar, si es que quieren triunfar en el mundo académico. Pero para eso hay que vivenciar, como ya dijimos, la existencia, pero de un modo inverso: si para valorar la existencia hay que vivir experiencias que nos hagan experimentar lo humano, luego hay que despojarse de todo, hay que vaciarse.

Aunque pareciera que esto es entendible y habría una única respuesta o decisión a tomar, no es así. La experiencia de vaciamiento de la propia existencia en la escritura filosófica puede darse de dos modos: podemos vaciarnos de aquellas experiencias vitales que demandan atención o exigen con emergencia ser atendidas, o podemos vaciarnos de las normas impuestas o reglas a cumplir, de las obligaciones académicas y renunciar al reconocimiento. En el primer caso, podremos llegar a ser personas exitosas y reconocidas y en el segundo caso quizá el destino del filósofo sea la condena y la marginación. En el primer caso se deja de ser fiel a sí mismo, a la propia conciencia, y en el segundo se opta por la fidelidad a sí mismo y al ser humano. Aquí hay un desafío, ya visto por Heidegger, acerca de la autenticidad o no autenticidad de la propia existencia, como una doble posibilidad del vivir humano. Según Urdanoz, para Heidegger:

La existencia inauténtica es la que corresponde a la disolución de nuestro yo en el *se* (*Man*). En vez de tener por sujeto el yo (yo soy, yo pienso, yo

hago), este modo de existir tiene por sujeto el se (se dice, se hace). En esta modalidad, el yo se convierte en el «uno», en «cualquiera» (Urdanoz, 1978, p. 529).

En este sentido, podemos hablar de un vaciamiento positivo o existencia auténtica, en la cual se alcanza la fidelidad a la existencia, y un vaciamiento negativo o existencia inauténtica, donde se opta por una adaptación a los lineamientos del mundo, lejos de la fidelidad a la humanidad.

En esta autenticidad que le podemos dar a la existencia, corresponde el vaciamiento de aquellas pretensiones egoístas trocadas por un servicio a la sociedad como parte de la misión filosófica y, por ende, a partir de la escritura filosófica que desarrollamos en nuestros escritos. Si bien hemos sido formados -cuando no casi formateados- en los cánones de una sociedad obligada a obedecer lo impuesto como único camino de realización, hay una posibilidad de ejercer, no fácilmente, este vaciamiento. Este vaciamiento -o su posibilidad- coloca en juego nuestra conciencia y nuestra libertad. Entendiendo que:

Negativamente, la libertad se define, por tanto, como la ausencia de todo lo que se parezca a una alienación. Pero esto puede también expresarse en forma positiva: actúo libremente cuando los motivos de mi acto se encuentran en línea de lo que puedo legítimamente considerar como los rasgos estructurales de mi personalidad (Marcel, 1971, p. 131).

Necesitamos comenzar un proceso de cierta purificación de la propia existencia si pretendemos desarrollar una filosofía que pueda ocuparse más acertadamente de los problemas humanos, cuando no, también reconocer con humildad las limitaciones con las cuales chocamos. Hay en ello más fidelidad o autenticidad a la existencia, y por tanto a la filosofía de la existencia, que seguir buscando conocerlo y resolverlo todo.

Asumir esta necesidad de un vaciamiento para el ejercicio filosófico es asumir la propia condición humana, de un ser con una existencia finita, precaria, contingente, pero no por ello de menos valor. Esto implica una nueva mirada sobre la existencia humana, una reinterpretación de la vida partir de las experiencias vitales que marcan la historia de la humanidad. No se trata de

trabajar con datos lógicos ordenados racionalmente, sino de reflexionar a partir del vivir cotidiano y ejerciendo el poder creativo que tenemos. Entendiendo que

Vivir es interpretar, es asumir la precariedad, la fragilidad, la vulnerabilidad, es asumir un cierto riesgo, una cierta aventura, una cierta inseguridad. Si el ser humano vive en un mundo interpretado es porque le resulta ineludible la finitud, su condición espacio-temporal (Mèlich, 2011, p. 45).

Por eso no se puede confundir el vaciamiento con un acto irracional o irresponsable, en rechazo de lo que se es o se ha aprendido. Todo lo contrario, el vaciamiento de la existencia es un paso en la asunción de la responsabilidad que tenemos de cara al ser humano, y de valentía en querer transformar nuestra propia existencia que no permiten que seamos lo que realmente estamos llamados a ser.

El silenciamiento de la existencia

En un mundo saturado de ruidos e imágenes, en una vida aturdida de mensajes que no dan descanso, el silencio puede experimentarse como una necesidad interior, pero, sobre todo, como una exigencia exterior. A diario, todos experimentamos un desgaste en nuestra existencia, un cansancio profundo que laga la misma experiencia vital del respirar. Un cansancio que va más allá de lo físico o emocional, sino que trastoca el mismo ser del hombre. En esta situación se encuentran también los filósofos que trabajan sin parar, pero no siempre piensan de un modo nuevo. A menudo, la reiteración y el parafraseo de sus propios pensamientos se revelan en sus escritos. Conviven con un pensamiento cansado, y como afirma un filósofo francés:

El entendimiento no se cansa tanto en sí mismo por sí mismo, sino en tanto se adhiere a otra cosa distinta de sí, sentido e imaginación, para llevar a cabo su tarea. Todo aquello a lo que se adhiere, lo disminuye” (Chrétien, 2014, p. 74).

El pensamiento *des-enfocado* de lo necesario se cansa, se pierde en un laberinto sin fin de burocracias y exigencias que no atienden a lo esencial. El silencio puede ser primero un aliciente a la exigencia exterior, pero más importante es experimentar su necesidad.

Frente al activismo exterior que muchas veces nos conduce a una sobreexposición de nosotros mismos, donde gustamos de escuchar reconocimiento a nuestros nombres, el silencio es un contrasentido. El no poder frenar para silenciarnos lleva a un continuo descentrarse de la propia existencia. Pero el silencio es una posibilidad:

El silencio es también un fenómeno de ausencia de nombre. No soy dueño de mí mismo, de mi nombre. Soy un invitado en mi casa. Esta apropiación del nombre causa mucho ruido. El fortalecimiento del ego destruye el silencio reina cuando me retiro, cuando me pierdo en lo innominado, cuando me vuelvo débil o blando, tranquilo, cordial (Han, 2024, pp. 45-48).

El ejercicio del vaciamiento dicho anteriormente exige este silencio: es escuchar la llamada de una existencia agobiada, aprisionada, que procura una cierta paz, una cierta quietud. Ante el deseo y ansiedad de escuchar en voz de otros nuestro propio nombre, el silencio exige saberse extraño para sí mismos, el reconocer que muchas veces no somos nosotros los que actuamos, sino lo que otros han hecho de nosotros. El silencio es un acto de suprema humildad del ser, de comenzar un camino de transformación hacia una existencia auténtica.

Sin duda alguna la experiencia del silencio es una experiencia paradójal en la cual la existencia llamada a *ser* deberá pasar por el filtro del *no-ser*, de negarse a sí misma momentáneamente para liberarse de lo que la aprisiona. La filosofía que es *λόγος*, pensamiento y palabra, reflexión y discurso, tiene que también aprender a silenciarse para transformar la existencia del filósofo. Se trata de arriesgarse a pensar lo impensable, de pensar lo imposible, para alcanzar lo posible:

La paradoja se ubica en lo imposible y lo posible: en lo imposible real, y en lo imposible ideal [...] La paradoja permite un movimiento, un devenir que la atravesase, sin estar, empero, en el orden de lo real. La paradoja es, si se quiere, lo ideal mutable (Grassi, 2014, p. 105).

La existencia puede experimentarse como paradoja, cuando se busca en lo profundo de sí misma el silenciamiento donde el lenguaje no puede dar cuenta de su situación. Para el filósofo puede ser una experiencia de orfandad, de abandono, de pérdida de una seguridad que le dan las mismas palabras que utiliza en su tarea. Ante ello es necesario entender que:

La realidad es la materia prima, el lenguaje es el modo como voy a buscarla, y como no la encuentro. Pero del buscar y no del hallar nace lo que yo no conocía, y que instantáneamente reconozco. El lenguaje es mi esfuerzo humano. Por destino tengo que ir a buscar y por destino regreso con las manos vacías. Mas regreso con lo indecible. Lo indecible me será dado solamente a través del lenguaje. Solo cuando falla la construcción, obtengo lo que ella no logró (Lispector, 1964, p. 112).

¿Podrá el filósofo silenciar su existencia a tal punto de no comprender lo que vivencia y sin saber hacia dónde va? Para ello hay que renunciar a la tentación de comprenderlo todo y trabajar la humildad intelectual, aceptando el hecho que siempre pensamos desde la situación histórica que atravesamos. Hoy en día la existencia humana teme por su supervivencia y eso nos debe preocupar. Por ello necesitamos un modo nuevo de pensar la misma existencia. Al decir de Lévinas:

Al articular el existir como tiempo en lugar de paralizarlo en la permanencia de lo estable, la filosofía del devenir busca desprenderse de la categoría de lo uno que compromete la trascendencia. El surgir o la proyección del porvenir trasciende. No sólo por el conocimiento, sino por el existir mismo del ser. El existir se libera de la unidad de lo existente (Lévinas, 2002. p. 283).

Esta articulación entre conocimiento y existencia, entre pensar y vivir exige al filósofo un reconocimiento de lo que realmente debe ser pensado, a partir del silenciamiento de su propia existencia. No se trata de abandonar la tarea filosófica, sino de ahora dirigirla hacia sí mismo y entender el hecho “de estar en situación, y que la esencia del filósofo, que se propone por su parte pensar la vida y su vida, es reconocer esa situación, explorarla en tanto que le sea posible” (Marcel, 1955, p. 97).

Conclusión

La existencia humana, requiere por parte de la filosofía, una nueva atención, un modo nuevo de ser retomada y colocada como tema prioritario de la filosofía. No le estamos haciendo espacio al ser humano dentro de nuestras reflexiones y esto reclama un cambio profundo en nuestro proceder. La tarea filosófica se ve cercada por la productividad, la eficiencia, la búsqueda de la excelencia y el reconocimiento, en obediencia ciega al sistema. Los filósofos que tomen en serio la existencia dentro de sus filosofías deberán procurar vivir experiencias que provoquen una conmoción interior y entender la urgencia de pensar la existencia. Esto exigirá de nosotros la experiencia de vaciamiento y de silenciamiento demuestra propia existencia. No hay que tenerle miedo a provocar un cambio tan necesario para nuestro mundo actual comenzando por provocarlo en nuestra propia existencia. Por eso, “Aun cuando pensemos la mundaneidad de todo pensamiento, las mediaciones de todo pensamiento, el filósofo trabaja incansablemente en el intento de dar un salto hacia una dimensión tal que se arranque del suelo de este mundo” (Grassi, 2014, p. 106).

Referencias:

- Chrétien, J-L. (2014). *Del cansancio*. Mardulce.
- Domínguez, P. (2010). *Lógica*. BAC.
- González, O. (1985). *El poder y la conciencia*. Hachette.
- Grassi, M. (2014). *(Im) posibilidad y (sin) razón*. Letra viva.
- Han, B-C. (2024). *La tonalidad del pensamiento*. Paidós.
- Lévinas, E. (2002). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca.

Lispector, C. (1964). *La pasión según G. H.*

<https://libroschorcha.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/12/la-pasion-segun-g-h-clarice-lispector.pdf>

Marcel, G. (1955). *Los hombres contra lo humano*. Sudamericana.

Marcel, G. (1956). *El hombre problemático*. Sudamericana.

Marcel, G. (1971). *Filosofía para un tiempo de crisis*. Guadarrama.

Mèlich, J-C. (2011). *Filosofía de la finitud*. Herder.

Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. Nueva Visión.

Urdanoz, T. (1978). *Historia de la filosofía. Tomo VI. Siglo XX: de Bergson al final del existencialismo*. BAC.